

ARGENTINA EN LA ENCRUCIJADA

ENTRE LAS FALSAS ALTERNATIVAS DEL NEOLIBERALISMO Y LA NECESIDAD DE CONSTRUIR UNA SOCIEDAD PARA TODOS

Las siguientes reflexiones requieren de algunas aclaraciones previas, en especial en una época donde el avance de los esquemas teóricos basados en el neoliberalismo desconoce la esencia de las ciencias sociales.

En primer lugar, recordar que mi visión de la realidad económica y social está impregnada de subjetividad. Como cualquier análisis en las ciencias sociales, se trata de una postura ideológica, que al intentar realizar una reconstrucción mental del mundo en el que vivimos, apela al uso del pensamiento y de la inteligencia, a una forma de ver y de pensar, a una escala de valores, que es propia y diferente en cada sujeto.

En segundo lugar, se hará una lectura de la realidad nacional desde un enfoque de la economía política. Esto significa varias cosas.

Antes que nada, significa reconocer la verdadera esencia de la economía, como un campo de la actividad social que se ocupa de producir y distribuir los bienes y servicios necesarios para la supervivencia humana, de generar la base material que permita mejorar la calidad de vida de la gente. Por lo tanto, para cualquier análisis de las bondades de un sistema, de un modelo, de un plan, de un programa o de una medida económica, se pondrá como parámetro para su evaluación a las variables que reflejen esa calidad de vida (nivel de ingresos, acceso a bienes básicos, seguridad para el pleno desarrollo de la persona, etc).

Por otro lado, significa reconocer que la esfera económica no está aislada del resto de las relaciones que establece el ser humano en la sociedad. Sólo nuestro recorte mental a través de la abstracción puede hacerlo, pero no debe caer en el error de ignorar la permanente interacción entre los diferentes planos de la realidad social. De allí que es un delirio hablar de la economía pura de mercado, como si fuera posible que ese espacio exista al margen del Estado y de las relaciones políticas.

Finalmente, quiere decir que, si bien se considerarán los posibles escenarios futuros de la economía argentina, de ninguna manera se trata de hacer predicciones cuantitativas (las cuales son prácticamente imposibles de realizar en materia de la evolución de una sociedad, al menos como lo suponen y lo intentan muchos economistas “convencionales”). Hablaré de señales y tendencias, relacionadas con intereses y proyectos de sectores sociales concretos, pero cuya evolución dependerá de muchos factores, entre los que juega principalmente el resultado del accionar de tales sectores.

Trataré de comenzar este análisis con una hipótesis que intenta dar respuesta a lo que le sucedió a la sociedad argentina en los últimos treinta años, para entender cómo fue posible la fenomenal regresión económica y social vivida en ese período, como un proceso inédito desde nuestro origen como Nación. A esa explicación la sintetizo en que la Argentina sufrió la aplicación sistemática de un proyecto de concentración, saqueo y genocidio, promovido por los sectores más concentrados del poder económico nacional e internacional que operan en nuestro país.

Hoy la Argentina vive un nuevo momento histórico crítico, donde se debatirían dos proyectos dentro del campo del neoliberalismo, ninguno de los cuales (en mi opinión) estaría contemplando los intereses de los sectores mayoritarios de la sociedad. Por el contrario, como intentaré fundamentar, se torna imprescindible pensar fuera de los márgenes impuestos por el modelo actual, sobre cómo construir una sociedad que contemple el interés del conjunto.

Es un momento oportuno para realizar algunas reflexiones acerca de lo sucedido desde mediados de los años '70, en primer lugar, fundamentando la afirmación (que para algunos puede parecer exagerada) de que sufrimos tres décadas por la aplicación sistemática de un proyecto de concentración, saqueo y genocidio, en un proceso que aún hoy continúa vigente. En segundo lugar, buscando explicaciones sobre cómo pudo suceder la continuidad de este proyecto aún sin dictadura, teniendo en cuenta que llevamos ya más de veinte años de vigencia de democracia en la Argentina.

1) QUE NOS PASO A LOS ARGENTINOS

Si bien a lo largo de nuestra evolución histórica podemos observar diferentes crisis, algunas coyunturales y otras estructurales, algunas más profundas y otras menos graves, la crisis que vivimos después del fin de la convertibilidad por su magnitud es una de las peores crisis históricas. Luego de acumular cuatro años de recesión (desde 1998), se produjo una fuerte caída del PBI global (superior al 12 %) y una mayor caída del PBI por habitantes (bajó de U\$S 8.500 a apenas U\$S 3.000).

Pero en términos de un plazo temporal mayor, esa crisis era la culminación de un proceso iniciado a mediados de los años '70, período durante el cual la Argentina pasó: de tener el ingreso por habitante más alto de América Latina a uno de los más bajos; de tener una de las clases medias más extendidas de la región, a la casi desintegración de ese sector; de poseer uno de los niveles más igualitarios en la distribución del ingreso, a uno de los más desiguales; de mostrar una pobreza casi marginal, a tener más del 40 % de la población en ese estado; de vivir una situación de casi pleno empleo durante décadas, a afectar a la gran mayoría de la población con graves problemas de empleo (desempleo abierto y oculto, subempleo, empleo precario, etc).

En la enseñanza habitual desde nuestras cátedras de Economía Política, hablar de CONCENTRACION es referirnos a un fenómeno típico del desarrollo histórico del capitalismo. Sin embargo, en el caso de la Argentina desde mediados de los 70, la concentración ha adquirido ribetes impensables. El ingreso, la riqueza, la propiedad de los medios de producción, los mercados, el dinero, el comercio exterior, etc, han sido captados por un reducido sector de gran poder, que alteró radicalmente la estructura económica y social.

En ese lapso, la estructura económica basada en la industrialización sustitutiva se modificó profundamente. Se reprimarizó (avanzando el peso de los sectores primarios en el total del producto), se desindustrializó (disminuyendo la incidencia de las manufacturas, en especial las de mayor complejidad y valor agregado), se concentró (en un núcleo privilegiado de grandes grupos económicos), y se extranjerizó (con un aumento significativo de las empresas transnacionales en las principales ramas de la economía). En síntesis, nuestro sistema económico se hizo más concentrado, vulnerable y dependiente.

Ese proyecto funcionó a partir de la captación del excedente generado por la economía argentina, vía las rentas del privilegio. No hubo un genuino proceso de acumulación capitalista basado en ganancias de mayor productividad tecnológica, sino más bien fueron ingresos logrados como contrapartida de posiciones privilegiadas, a costa de actividades rentísticas, corruptas y parasitarias. Podemos mencionar fundamentalmente a la obtención de elevadas rentas financieras, a la apropiación de los activos públicos y al control de mercados cautivos, a la transferencia de ingresos por la brutal caída de los salarios reales, y a la captación de la renta primaria (agropecuaria, minera, petrolera, íctícola, etc).

Lo grave de este proceso aparece cuando a la profundización de la concentración, se suma un nuevo fenómeno que va a caracterizar el comportamiento de los sectores dominantes en la Argentina: el SAQUEO. Esto significa que el poder económico trasladará al exterior gran parte de las riquezas apropiadas, usando diversos mecanismos. Por un lado, la forma tradicional de salida de capitales (remesa de utilidades de las empresas extranjeras, pago de intereses y de regalías, etc), y por el otro, la masiva fuga de capitales, por parte de argentinos que llevaron sus ganancias fuera del país.

Particularmente importante fue la fuga masiva de capitales que se produjo durante el 2001, último año de la convertibilidad, donde la complicidad de la banca privada, el FMI y el entonces ministro Cavallo, posibilitaron la salida de alrededor de 30 mil millones de dólares, proceso que fue investigado por una Comisión Especial de la Cámara de Diputados de la Nación. También es significativa la cifra que surge de ese y otros trabajos, que muestran que la contrapartida del fenomenal endeudamiento externo argentino fue la fuga de divisas, que representó casi un 90 % de la deuda total.

Existen valiosos trabajos de investigación que demuestran con gran cantidad de información, el avance de los procesos de concentración y saqueo que caracterizaron la realidad argentina, y que continúan hasta hoy sin visos de cambios sustanciales. Para ello se puede consultar los numerosos estudios realizados por el equipo de economistas de FLACSO (Azpiazu, Basualdo, Schorr, etc), el Instituto de Estudios y Formación de la CTA (dirigido por Claudio Lozano), y otros importantes aportes (como los de Alejandro Olmos, Mario Cafiero, Julio Sevares, Alejandro Rofman, etc). Considero que todos esos textos deberían ser bibliografía básica en todas las instancias de educación y formación de la Argentina, y que merecen una amplia difusión por su mirada crítica frente al universo (el “único verso”) del discurso neoliberal impulsado por el establishment local.

La contracara de la concentración y el saqueo de riquezas, es el genocidio que sufre la sociedad argentina, que se inició con la feroz represión de la última dictadura militar, pero continuó por otras vías durante los más de veinte años de democracia. El GENOCIDIO, según el diccionario, es el exterminio o eliminación sistemática de un grupo social por motivo de raza, de etnia, de religión, de política, de nacionalidad o de intereses económicos. Y en la Argentina hemos asistido a un proceso de estas características, que presenta diversas aristas, y que es la lógica contracara de la concentración y el saqueo de riquezas.

Esto se puede sintetizar en un dato alarmante que no requiere mayores comentarios: en la Argentina mueren por año más de 30 mil personas, por causas evitables generadas por la aplicación del proyecto depredador. Y quienes sobreviven, lo hacen en su gran mayoría en un estado de deterioro brutal de sus condiciones de vida.

Particularmente perverso fue el período iniciado a principios de los '90 con Menem (con la desregulación de los mercados, las privatizaciones y la flexibilización laboral), y el de vigencia de la convertibilidad con Cavallo, la cual nació con una debilidad congénita. Mantener el dólar artificialmente barato llevaba la semilla de la destrucción de la producción nacional, con los consiguientes déficits crónicos de la balanza comercial y de transacciones corrientes (era más fácil y conveniente importar bienes y servicios baratos). Pero esa situación sólo podía sostenerse en el tiempo, con un constante y creciente endeudamiento externo.

Se trataba, en síntesis, de un proceso que no era sustentable en el mediano plazo, ni económicamente (ya que el endeudamiento tiene límites), ni socialmente (porque generaba cada vez más desocupación, más marginalidad y más pobreza), ni ambientalmente (porque se asentaba en la depredación de los recursos naturales). Sólo que al ser aplicado en forma sostenida durante años, fue dejando graves problemas estructurales, que se harían luego muy difíciles de revertir.

Desde diciembre de 1999, el nuevo gobierno de la Alianza avanzó con el ajuste económico, a partir de la mayor flexibilización laboral, el impuestazo sobre la clase media y la rebaja salarial a los empleados públicos. Como consecuencia de ello, se profundizó la recesión, aumentó la deuda externa y continuó la fuga de capitales. En el año 2001 se agrava la situación económica, la recesión se hace depresión y, “corralito” mediante, llega el fin de la convertibilidad (es también el traumático fin del gobierno de la Alianza).

La duda se presenta para muchos, al analizar los últimos años de la Argentina, desde el fin de la convertibilidad, y en especial desde que asume el actual Presidente Kirchner. ¿Terminó el proyecto neoliberal, de concentración, saqueo y genocidio?

El nuevo escenario post convertibilidad tendrá variantes desde comienzos del 2002 hasta hoy. Una primera etapa de caída en picada al abismo, cuando la devaluación de nuestra moneda (con un mercado libre de cambios) genera un proceso inflacionario creciente y una profundización de la recesión. Esta situación económica y social caótica tiene beneficiados concretos: los sectores que concentran el negocio de nuestras exportaciones, y los que fugaron capitales al exterior por decenas de miles de millones de dólares.

Pero además de las “fuerzas del mercado” también hubo una medida política, que fue la pesificación uno a uno de la deuda en dólares con los bancos, sin poner límites máximos a los montos beneficiados. Esto supuso una gran transferencia de ingresos a los grupos económicos más concentrados, que va a pagar luego la sociedad en su conjunto por el mayor endeudamiento público.

En una segunda etapa, iniciada en los últimos meses del 2002, la caída continúa pero se atempera. Con el control de divisas se frena la suba del dólar y se disminuye la inflación. Paralelamente, la recesión y la inflación generan una reducción de las importaciones y de los gastos estatales (salarios y jubilaciones), y permiten un fuerte superávit comercial y un inédito superávit fiscal.

Una tercera etapa da comienzo con el cambio de gobierno en mayo de 2003. Kirchner reemplaza a Duhalde en la presidencia de la Nación, pero con el mismo ministro de economía se mantiene la esencia de la política socioeconómica iniciada el año anterior. La reactivación económica que se inicia a comienzos del 2003, se mantiene hasta hoy, con fuerte crecimiento del PBI, una favorable situación de la producción agropecuaria, una sostenida recuperación de la producción industrial y una mejora sustancial de la situación fiscal y externa.

El interrogante, entonces, es si estamos hoy ante un nuevo ciclo histórico, si asistimos al final del proyecto comentado, y si comenzamos a transitar el sendero de la recuperación y el desarrollo de la Argentina.

No se trata de una cuestión académica o de una mera especulación política, sino que la encrucijada en que se encuentra nuestra sociedad demanda el esfuerzo de todos para construir un país mejor, pero un esfuerzo que se justifique porque apunta a un verdadero cambio social.

2) ARGENTINA: HACIA ADONDE VAMOS?

Para analizar si asistimos al final del proyecto de concentración, saqueo y genocidio, tenemos en cuenta dos cuestiones: una, cuáles son los ejes centrales de dicho proyecto, y dos, cuáles son los principales problemas de la sociedad. Considerando tales criterios, se puede afirmar que el modelo sigue en pie y el proyecto continúa.

Por un lado, la concentración se mantiene en todos los frentes de la economía (finanzas, comercio exterior, industria, servicios públicos, sector primario, etc); el saqueo sigue adelante (salida de divisas por remesa de utilidades, pago de intereses de la deuda, fuga de capitales, etc); y el genocidio no se ha interrumpido (elevada pobreza e indigencia, bajos ingresos, deterioro de los servicios públicos, etc).

Por otro lado, los principales problemas que aquejan al conjunto de la sociedad siguen estando (y tienden a cristalizarse en los preocupantes niveles actuales), sin que existan políticas que apunten a revertirlos drásticamente.

¿Qué cambió en la economía argentina? Principalmente la fuente de extracción del excedente y la base para el saqueo de nuestras riquezas: en lugar de asentarse en un mayor endeudamiento externo (cuyos límites quedaron en evidencia), el proyecto actual se basa en profundizar la superexplotación de los trabajadores y la sobreexplotación de nuestros recursos naturales.

De continuarse con este proyecto y sin cambios sustanciales de las grandes líneas de la política económica y social, son muchas las preocupaciones por el futuro.

La deuda externa sigue siendo elevada (casi como a fines del 2001), y su cumplimiento llevará en forma periódica a momentos de crisis y de inestabilidad, además de restar recursos para el crecimiento con equidad. La reprimarización de la economía crece (sobre la base del agro y del petróleo), y la mera devaluación es insuficiente para revertir la notable desindustrialización sufrida durante años. Se consolida la concentración económica y el proceso de privatizaciones, con el dominio de grandes empresas extranjeras. La desigual distribución del ingreso y la riqueza está en los niveles más elevados desde que se llevan estadísticas.

3) ¿COMO PUDO CONTINUAR ESTE PROYECTO EN DEMOCRACIA?

Finalmente, el interrogante es sobre cómo pudo concretarse este proyecto depredador, terminando con todos los avances logrados por la sociedad argentina durante décadas. Y cómo pudo mantener su rumbo, aún cuando ahora tenemos la posibilidad de elegir libremente a nuestros propios gobernantes.

Está claro que fue necesario iniciar este camino de retroceso inédito, a través de una sangrienta y gigantesca represión llevada adelante por la última dictadura militar. La política implementada a partir de 1976, rompió con los principales pilares del modelo socioeconómico vigente hasta entonces: del estado paternalista, de la industrialización por sustitución de importaciones, de inclusión del grueso de la población y de la movilidad social ascendente. Y para lograr esa refundación regresiva de la sociedad, fueron necesarias la crisis y la represión.

Pero con la excepción del intento realizado en el corto período del ministro Grinspun en la cartera económica (dic '83 a feb '85), el retorno a la democracia y los más de veinte años de su vigencia, no alteraron la esencia del proyecto dominante. ¿Qué sucedió? ¿Falló la democracia? ¿Falló el sistema político? ¿Fallaron los dirigentes? ¿No se quiso cambiar, o no se pudo?

Obviamente que las respuestas a estas preguntas son variadas y subjetivas, y salimos del terreno exclusivo de la economía política, para incursionar en un contexto más global.

En primer lugar, debe reconocerse que la capacidad del Estado y de quienes detentan el gobierno desde el retorno a la democracia (1983), está muy limitada frente al poder dominante y al control que ejerce el mismo sobre los sectores claves del mercado. Además, ese poder se potencia con el manejo de los grandes medios de comunicación, que imponen una visión de la realidad que es funcional a sus intereses, y que procura “naturalizar” el nuevo escenario de concentración de riquezas y marginalidad social.

En este contexto, la actitud de la mayoría de los dirigentes de los partidos con responsabilidad de gobierno, frente a una correlación de fuerzas desfavorable a los sectores populares, ha optado no sólo por reconocer esa realidad, sino por renunciar a los proyectos de cambio social. Y la sociedad argentina, poco a poco, va perdiendo las esperanzas y rebajando las expectativas en que la democracia y sus gobernantes le resolverán sus principales problemas.

¿Por qué se llega a esta incapacidad de los gobiernos democráticos para resolver los graves problemas de la sociedad, sean del partido que sean?

En realidad, si se considera lo que ha pasado en la Argentina en las últimas tres décadas (contando también el gobierno de la última dictadura), se advierte una caída sostenida y un deterioro permanente de la situación económica y social. Ese deterioro ha sido por momentos muy violento, como el fin de “la tablita” de Martínez de Hoz, la hiperinflación de Alfonsín, la larga agonía recesiva iniciada a fines del gobierno de Menem, y la explosión de la convertibilidad en el año 2002. Y si bien luego de esos episodios se produce una cierta recuperación, nunca se llega a los niveles anteriores (siempre se queda peor). Así la sociedad se va “adaptando” a peores condiciones de vida, y toma con más naturalidad esta regresión fenomenal que ha dañado a nuestro tejido económico y social, como no había sucedido nunca en nuestra historia.

Lo esencial de las políticas públicas no cambia, ya que son impuestas por los sectores más concentrados del poder económico, que han logrado “disciplinar” a los distintos gobiernos. Y frente a tal magnitud de poder y al peligro de ser “castigados” por los que lo manejan, gran parte de la dirigencia argentina se ha ido adaptando a estas “reglas de juego”. Esa dirigencia valoriza más ser confiable para los poderosos, aunque se desgaste frente al pueblo; que oponerse al poder y correr el riesgo de desestabilizarse. Pero no entienden que con ese comportamiento, a la corta o a la larga, siempre dejan de ser útiles al poder (porque van perdiendo legitimidad), y terminan arrojados al tacho de la basura (desestabilizados por el poder de las minorías, y repudiados por las mayorías populares).

Dentro de esta lectura más política, las elecciones sirven para renovar las expectativas. Y las realizadas el pasado 23 de octubre del 2005, tienen como marco un nuevo intento de legitimar al gestor actual de esos intereses tan poderosos (que vienen gobernando desde las sombras sin desgastarse). Sólo que no se puede asegurar hasta cuándo durará la coexistencia de un discurso progresista (para mantener la gobernabilidad de los de abajo) y una política económica y social que favorece a los más concentrados (para mantener la gobernabilidad desde arriba). La ruptura de ese delicado equilibrio significará el fin de esta experiencia, y surgirá posiblemente un nuevo intento de oxigenar la democracia, pero sin afectar la marcha de fondo del proceso.

Es innegable que por la fase del ciclo económico interno en el momento de asumir Kirchner, como por las excepcionales condiciones externas favorables, este gobierno tuvo mucha suerte. Esto le dio oxígeno para mejorar relativamente la situación social (si la comparamos con la caída al abismo que significó el año 2002) sin llegar a afectar en forma significativa a la estructura del poder en la Argentina. De continuar las condiciones internas y externas favorables (lo que se daría por lo menos durante un año más), habría margen para continuar legitimado y sin mayores obstáculos. Pero también podría cambiar el escenario, y la complicación de la situación obligaría a tomar decisiones que pondrían en peligro ese equilibrio inestable que condiciona a los gobiernos democráticos en nuestro país. En tal caso, el panorama sería de gran incertidumbre.

En este análisis político, la cuestión democrática no aparece como de disputa entre los partidos tradicionales, sino como ofertas realizadas por nuevos y viejos dirigentes políticos, dirigidas al poder económico, para demostrarle quiénes son más confiables y pueden ser más eficaces a la hora de legitimar este sistema. Vistos desde esta perspectiva, ninguna de las ofertas actuales (de proyectos que tienen su correspondencia política y electoral) significa una alternativa superadora que conduzca hacia un futuro mejor para todos. Se requiere, por lo tanto, pensar en la construcción de una verdadera alternativa al neoliberalismo.

En este juego de coqueteo político frente al poder dominante, y de incapacidad de esta democracia para construir una sociedad para todos, es más necesario que nunca comenzar a transitar un camino diferente. Hay un requisito básico e ineludible: frenar el actual proyecto neoliberal depredador, y superar el modelo neoliberal alternativo, vestido de ropaje progresista. Ni recomposición de la derecha más reaccionaria y recalcitrante; ni dominio hegemónico de la derecha más “civilizada”. Esta disputa contra ambas variantes es esencial para crear las bases hacia una opción desde los sectores populares, con una estrategia que debe ser amplia, pluralista y participativa.

¿Se puede considerar, entonces, que el actual gobierno impulsa un proyecto progresista de cambio social, que rompe con las bases del neoliberalismo? Si no fuera así, ¿por qué razón hay sectores económicos y políticos que apuestan a una profundización del ajuste? ¿Dónde radican las diferencias?

Como una nueva hipótesis de trabajo que demanda una investigación con nuevas miradas de la realidad, se podría decir que venimos asistiendo a una dura disputa dentro del neoliberalismo, entre los sectores económicos y políticos que pretenden continuar con la dinámica rapaz y depredadora del saqueo (profundizando el genocidio); y los sectores que con un poco más de lucidez visualizan las enormes dificultades de mantener ese proyecto, y apuestan a un modelo concentrador y excluyente de base exportadora, que se apoye en mayor producción y empleo, pero sin afectar las estructuras actuales de poder.

Ninguno de los dos proyectos promete mejoras sustanciales para la gran mayoría de la población. En todo caso, significan otra opción: de estar igual o peor que ahora.

Que la política actual no implica una ruptura con los beneficiarios del pasado, lo deja en evidencia el conjunto de medidas tomadas y el accionar gubernamental, que por acción u omisión garantizan la continuidad de la actual estructura de poder. Las privatizadas continúan con sus mercados cautivos, las AFJP mantienen su situación privilegiada y la garantía oficial de no reformar el sistema previsional. Sigue el saqueo de nuestros recursos naturales (petroleros, gasíferos, mineros, e ictícolas). El comercio externo de nuestros granos en manos de las mismas empresas transnacionales. El mismo sistema tributario regresivo. La continuidad del pago de nuestras obligaciones con el exterior.

Pero que la política actual igualmente genera críticas y resistencia de algunos sectores poderosos, también es innegable. Las petroleras quieren llevarse todo (no aceptan las retenciones). Las privatizadas quieren más aumentos, inmediatos y para todos. Se critica el gasto público en ayuda social. Hay oposición a cualquier aumento salarial. Se plantea reducir el valor del dólar para pagar más a los acreedores.

Estas diferencias se podrían interpretar como una disputa entre fracciones del poder económico, alrededor del modelo a seguir por la economía argentina, que fuera mencionado antes: o continuar el proyecto depredador sin modificaciones y sin limitaciones, o avanzar con los cambios más “productivistas” que implican ciertos límites al poder económico (una plataforma exportadora basada en bienes primarios).

Como se dijo antes, ninguna de las ofertas actuales (de proyectos que tienen su correspondencia política y electoral) significa una alternativa superadora que conduzca hacia un futuro mejor para todos. Se requiere, por lo tanto, pensar en la construcción de una verdadera alternativa al neoliberalismo.

Por ello se comparte la visión de quienes sostienen que una nueva sociedad no sólo es necesaria, sino también que su construcción es posible, aunque obviamente en términos de mediano y largo plazo. Pero para ello, hay que comenzar a caminar desde ahora. No existen recetas ni caminos previos delineados claramente. Sí criterios y señales que son necesarios analizar y debatir.

Debemos poner la mira no en los números de la macroeconomía, sino en la situación de la gente. No pensar en el crecimiento, sino en el desarrollo humano y sustentable. Pensar en un nuevo proyecto de sociedad, donde la economía esté su servicio, que atienda las urgencias del grueso de la población en forma prioritaria. Que busque eliminar las fuentes generadoras de la pobreza y la indigencia. Que articule y organice a los excluidos. Que potencie el rol de los sectores mayoritarios. Que procure la recomposición económica de las micro, pequeñas y medianas empresas. Que posibilite ingresos dignos para todos. Que mejore en forma sustancial los servicios públicos elementales. Que promueva la educación de calidad, la investigación científica y tecnológica, articulados con el sistema productivo. Que vaya abriendo pasos para construir la sociedad del conocimiento, equitativa y solidaria.

Se viven momentos críticos y lo que se haga hoy repercutirá en el futuro. Nadie nos regalará nada, si no lo peleamos nosotros mismos. Se trata de ampliar los espacios de la participación, buscando el mayor protagonismo de la gente. Recuperar la posibilidad de soñar con un mundo mejor, para empezar a construirlo entre todos.